

COSAS DE LA VIDA

“España antes de la república era un país triste, de luto”

Hablé con Leopoldo García Ortega durante tres tardes. Eran los primeros días de finales de febrero de este año 2006, y hablar con él fue una delicia. Tiene 86 años y una energía...extraordinaria. Y memoria, excelente memoria. Habló con pasión, con serenidad y con ternura y también...con esperanza: “*la III República llegará, más pronto que tarde*”. Habló, y escucharlo es un gozo, y en sus palabras se ve que es un hombre culto: su biblioteca tiene muchos libros, todos leídos, porque según me contó, él lee “*para gozar, no para aprender*”. También se ve que es un hombre bueno. Y yo empeñado, me salía naturalmente, en tratarlo de usted, y él venga a corregirme: “*De tú compañero... que sigo siendo anarcosindicalista*”. Bien, pues aquí está su palabra, que dividimos en cuatro capítulos y que publicaremos en los cuatro números de este año.

Cuando estalló el llamado...glorioso Movimiento Nacional, que fue el que asesinó a la II República, yo tenía 16 años y estaba internado en el Hospicio de Valladolid, porque era huérfano de padre y madre, y al quedarme huérfano huí a Asturias, donde fui afiliado de la CNT, que era minoritario; en Asturias, quitando la Felguera y Gijón, el resto era un fortín del PSOE, del PSOE de aquellos tiempos. En Asturias estuve todo el 36 hasta noviembre, en el que hubo un movimiento revolucionario anarcosindicalista, y hubo una gran represión: clausuraron los sindicatos, los ateneos libertarios...hicieron muchas detenciones y a mí, la policía, por orden del gobernador civil de Asturias, que creo que se llamaba Velarde, me detuvieron y me trajeron a Valladolid.

Me metieron en el calabozo sin consultarme nada...y el calabozo, no estoy para nada exagerando, era un lugar siniestro que además de calabozo era el almacén del carbón de las calefacciones de la monjas, porque los niños no teníamos calefacción; y era para el carbón de las cocinas. Aquello estaba lleno de cucarachas y yo estaba allí. A media tarde oí como descorrían el cerrojo de la puerta porque, no estoy exagerando nada: eso de los cerrojos era auténtico, lo del calabozo era auténtico, porque así era España y nada más. Entonces, apareció allí un señor bien trajeado, con el director del Establecimiento, que era un cura. Era el director del Establecimiento de una forma anticonstitucional,

porque según la Constitución de la República ningún establecimiento dependiente del Estado, Provincia o Municipio podía estar regentado por un sacerdote; pero entonces, la Constitución y la Ley no se cumplían. Aquel señor seguía siendo el director del Establecimiento. Entonces, por la tarde, repito, a media tarde llegó él, con un celador y otra persona. Este señor, de paisano, era don Juan Moreno Mateo, que era un diputado provincial perteneciente a un pequeño partido político que había en la República, que se llamaba *Izquierda Radical Republicana*. Cuando abrieron la puerta...yo tenía una pequeña visera y me descubrí, le di la mano y lo saludé. Entonces, dirigiéndose al cura, dijo: *“pero este niño no muerde...”*, y ahí me di cuenta de que aquel cabrón le había dicho que yo debía comerme a los curas, ¿no? Me sacó de allí y me llevó a su despacho. Sacó un paquete de tabaco de los de setenta, como se decía entonces, que era un tabaco de clase media alta. Me dijo: *“¿Fumas?”* Yo dije: *“Sí señor”*; yo fumaba por aquel entonces, y se quedó maravillado con la facilidad que tenía, que liaba los cigarrillos mejor que él. Empezó a hablarme. Le dije: *“No, no siga usted, porque yo voy a escapar de aquí, porque esto no es para mí”*. *“Hombre, tú no puedes huir”*. Aquel hombre, al que fusilaron luego en la guerra, era el presidente de la Asociación de Amigos de la URSS...y era una gran persona; era...humanamente era una gran persona. Entonces yo le dije...”*me voy*” *“No, no puedes escapar de aquí porque tienes que hacer una labor, y es la de redimir a los chicos”*. Me convenció y me quedé. Don Juan Moreno Mateo era, además de diputado provincial, el director de una graduada que había en Valladolid, un grupo escolar de aquellos que había construido la República, que se llamaba Miguel de Cervantes. ¡Era un gran hombre!

Yo quedé allí, y la primera manifestación de rebeldía fue al día siguiente, que allí todo se hacía al toque de campana. Había una campana: un sonido significaba comer, el otro...en fin, los sonidos tenían un lenguaje. Tocó la campana para ir a misa, a las siete y media de la mañana en Valladolid del mes de enero de 1934; posiblemente, no se, pero aquel día debía de haber seis o siete grados bajo cero en Valladolid. El hospicio estaba situado en el antiguo pazo de los duques de Benavente, un caserón tremendo, encastrado...y cuando yo estuve allí, de los cientos de ventanas que había en aquel caserón, no había un jodido cristal. Todas las ventanas estaban sin cristales; imagínate el clima de Valladolid sin cristales y sin calefacción. Y la primera manifestación de rebeldía fue que el primer día que yo desperté en el hospicio, cuando tocaron para ir a misa yo me negué. Hostia, se me quedaron mirando con la misma...sorpresa o admiración que podíamos mostrar nosotros al mirar a un tío que viniese aquí y afirmase

ser astronauta. “¿Que no vas a misa?”, “No señor”. “¿Y por qué no vas a misa?”, “Porque no creo”. Entonces me dejaron allí en un rincón. Era un patio enorme, un patio de armas, como se llamaba, y daba el sol en una esquina porque estaba rompiendo el día; eran las siete de la mañana del mes de enero y allí quedé yo, más muerto...con un frío terrible. Pero claro, a los siete días ya no estaba sólo, ya ni Dios iba a misa. Empecé enseguida a decir que la Iglesia tal...en fin, lo que tenía que decir; lo que había aprendido en Asturias, donde había sido tan feliz, afiliado por un sindicato anarquista.

Yo estaba contento, porque fue cuando aprendí una cosa que nunca quise olvidar, y que siempre procuro practicar, que no hay mejor política que la del ejemplo. Te voy a dar un dato. Había en el hospicio una monja catalana, de Olot, a la que le asesinaron un tío, escolapio, en 1909... ¡Fíjate tú la cantidad de mala uva que tendría esa mujer en aquella época!, ¿no? No obstante, era buena persona. Las cosas como son, porque yo tengo una experiencia: las monjas son malas, pero la monja que es buena es superior a cualquier empleada. Yo me acuerdo de sor Ana, que por otro lado era una mujer muy humana. Una vez me trajeron dos huevos fritos, un chorizo y un vaso de vino; eso en el Hospicio de Valladolid era como si ahora me invitasen a cenar en el Ritz de Madrid. Y yo dije: “¿Y los demás?”. “A ti que te importan los demás”. Y yo dije que si no había lo mismo para los demás no lo quería. Eso es lo que cuenta, y lo que permanece, no lo olvides nunca, Fernando. Eso es lo que permanece, entre los que te rodean o los que te tratan; saben que hiciste eso. Si yo comiese los dos huevos fritos, el chorizo y el vaso de vino, habría perdido toda mi categoría en el hospicio. No la habría perdido si lo comiese y lograra que se lo diesen a todos; a los demás. Pero como eso era imposible...Entonces tuve una actuación...bastante...para mí bastante válida. Comíamos en platos de aluminio, y el grado de poder que tiene el ejemplo cuando es bueno, es que yo hacía así con el plato (gira su mano sobre la mesa), y los doscientos platos de aluminio se giraban boca abajo, y nadie comía.

Huí de Valladolid, y de Asturias me llevaron detenido a Valladolid, y me metieron en el calabozo. De aquella, en el hospicio tuve la ocasión de huir ese mismo día, porque por aquel entonces, no presumo de nada, tampoco era un “Sin Sin”. Yo quedé por indicación de aquel buen hombre, don Juan Moreno Mateo, que desgraciadamente asesinaron en Coruña, sacándolo de un barco, en el que ya lograra entrar para escapar los primeros días del Alzamiento. Pero hubo una delación y lo sacaron y asesinaron en Coruña. ¡Don Juan Moreno Mateo! ¡Era un gran hombre, una gran persona! Y además...ejercía el magisterio sintiéndolo, no por ganar un sueldo.

Para mí... la época más bonita de mi infancia fue aquella en Asturias. Además tuve la suerte de ser afiliado por un matrimonio, que no eran un matrimonio; eran una pareja, ella había sido prostituta y él marinero. Se llamaban Lola y Julio. Los tengo permanentemente en el recuerdo, porque él era un auténtico...anarquista; era uno de los picadores con más prestigio profesional y sindical de Asturias en aquella época. Y ella era una gran mujer, una de las mujeres más entrañables que he conocido, y a mí me quisieron mucho y me trataron muy bien. Eran una pareja libre. Estaban unidos voluntariamente, sin ningún lazo: ni de juzgado ni de iglesia. Para mí fueron como mi segundo padre y mi segunda madre. Es más, como quedé sin madre a los ocho años y sin padre a los once, a ellos ya los conocí con otra edad y pude gozar más de lo que ellos me daban y entenderlos mejor que a mis padres, porque cuando vivían mis padres yo todavía era un niño. Luego los asesinaron a los dos en Zaragoza...Esto ya es un misterio; ya es fantasía...porque no sabemos muy bien como ocurrió. Se que a Julio y Lola, a Durruti y su compañera los llevó un avión de Asturias a Zaragoza, pero se ve que hubo una coincidencia, y al llegar a Zaragoza, los detuvieron y no volvimos a saber de ellos; incluso de un niño de meses que tenían, que era lactante. Suponemos que no lo matarían, pero no sabemos nada de él.

Asturias es, era una excepción, y el concepto de solidaridad que había en Asturias no lo hubo en ningún lado. Ten en cuenta que tuve la gran suerte de estar en Asturias cuando la famosa huelga de Duro Felguera, que duró nueve meses...en el año 33. Que los niños de la Felguera salieron en autocares y se repartieron por todos los hogares trabajadores de Asturias. La Felguera era algo...que no puedes imaginar, compañero. La cultura que había allí: "*El Centro de la Justicia*" se llamaba, tenía una biblioteca...la mejor biblioteca que había en Asturias, que quemaron la Legión y los Regulares en el año 34, cuando la revolución. Asturias era la patria de la solidaridad. En el pozo del Fondón extendían una sábana los días que cobraban los mineros, y se reunía una montaña de monedas de plata de un duro...Había un cartel: "*Solidaridad con los metalúrgicos de la Felguera*", o al revés, en la Felguera ponían una manta: "*Solidaridad con los mineros del Fondón*", o del Sotón o del que fuese. Asturias era la patria de la auténtica solidaridad obrera.

En Asturias fui a una escuela racionalista. El maestro de esa escuela era el primo de Durruti, Bonifacio Durruti; en Asturias, en Sama de Langreo. ¡La Escuela Moderna de Francisco Ferrer i Guardia! Y además yo me acuerdo de cómo eran las clases, de cómo era la enseñanza, que era muy distinta a la escuela oficial a la que había ido. Allí

empezaba la clase a las nueve de la mañana... Por la mañana todo era hablar; por la tarde era cuando se enseñaban las cosas que llamábamos ciencias. Entonces, por la mañana el maestro cogía... “¿Y esto qué es?”. “Pues un lápiz”. “¿De qué está hecho el lápiz?”. “Pues de madera y con una mina dentro”. “¿Y para qué sirve?”. “Para escribir”. “¿Y qué es escribir?”. Toda la mañana era diálogo, y por la tarde, era la geografía, las matemáticas, la gramática y demás. Pero todas las mañanas eran pura conversación, y era la única manera, o la mejor manera de enseñar a pensar y a discernir al niño. Y entonces, claro, yo tenía doce, trece años... Era un poco el líder de aquellos chicos, y me querían.

Yo pertenecía a una familia reaccionaria, de derechas. Mi padre... ¡pobrecito! Decía: “*Tú vas a morir en un penal*” (ríe un poco), y casi acierta. Porque claro, yo al principio tuve una militancia comunista. Fui un pionero. Y mi padre en aquella época era de los que decía que el hambre que había en Rusia era terrible, que las madres comían a los hijos. Eso es lo que se escuchaba cuando era niño. Y entonces le di una gran... Mi padre, claro, tuvo una reacción... pues simpática, porque él estaba negro por mi significación política, pero yo recuerdo una hermana suya, que se llamaba Victoria y era muy buena... pues un día, ellos no sabían que yo los estaba oyendo, mi padre le decía a su hermana: “*No puedo con él, no se que hacer con él... No es malo, tiene muy buenos sentimientos, pero está envenenado con la política; le metieron no se qué en el cuerpo...*”. Pero al mismo tiempo sentía cierta vanidad, porque sabía que me habían nombrado para ir a un congreso a Madrid en representación de los pioneros de Valladolid, y aquello como padre, pues se debió de decir, “*joder, pues algo tendrá si lo mandan allá*”. Pero un día le dije que no, que ya no era comunista... ¡Hostia! Y el casi ve a Dios. Bien hijo, ya, nada... Yo soy anarquista. ¡Hostia! Aquello fue... terrible. Pero es la vida... así es la vida.

Hubo un día muy importante en aquella época, que fue el 14 de abril del 31, día de la proclamación de la República. Y hablo de la República con todo el entusiasmo que puedas imaginar; a pesar de *Casas Viejas*. Porque yo viví aquella época... Antes de implantarse la República, España era un país triste, un país de luto... porque ten en cuenta que la República se proclamó en el 31, y hasta el año 27 hubo una guerra en Marruecos, en el famoso Rif, y habían muerto miles de soldados, y piensa que en el mes de diciembre del año 30, un domingo para ser más exactos, fusilaron a Galán García Hernández. Antes de la República, España era un país que estaba enfermo, que estaba de luto; no había alegría. Y yo esto lo viví, y se implantó la República y se produjo un

fenómeno que fue negativo, porque todo el mundo pensó que la República era una panacea que iba a resolver todos los problemas de España, y la República no los pudo resolver, pero hizo mucho. Porque tengo que decirte que la República, la II República española, en un plazo de meses, ¡hizo 7000 escuelas!, más de las que había en todo el país; que la II República tuvo una dedicación especial a la cultura y a la enseñanza, porque cuando yo era niño, cuando se implantó la República, en España había un dicho que decía: “Pasas más hambre que un maestro de escuela”. Con esto ya está todo dicho. Y la República rehabilitó el magisterio, lo dignificó, y sobre todo, las nuevas promociones de maestros que salieron en el año 31, 32, 33, 34, 35 y 36 eran una gente que no eran maestros para comer, era porque lo sentían, porque tenían vocación. Y yo tuve la gran suerte... Yo fui a una graduada de seis grados, y amigo, aquello era una maravilla... En aquella época, la labor cultural fue tremenda, y el cambio que se produjo en España es algo increíble; había que vivirlo para darse cuenta de la ilusión que produjo el establecimiento de la II República en España, y claro, la II República, a pesar de lo combatida que fue, tuvo hechos que no se pueden negar. Por ejemplo, en la República, lo primero que hizo Álvarez de Albornoz, que fue el primer ministro de justicia, fue una ley decretando la revisión de alquileres de las viviendas. Habla de esto ahora. Porque claro, los alquileres tienen que estar en consonancia con... el catastro. Aquí no, tu vas a alquilar una vivienda hoy y te piden lo que les da la gana; por aquel entonces no, había un catastro y podías ir al día siguiente y decías: “*Mire, yo firmé este contrato*”, y había un señor que era un empleado público que te decía: “*Pues no señor, según la ley, ese piso no puede ser alquilado por más de 20 pesetas al mes y usted no pague más*”. Eso pasaba entonces. La República abolió una cosa de la que no se si has oído hablar: los soldados de “*cuota*”. Había dos clases de soldados: los soldados hijos de pobre y los soldados cuyos padres tenían 8000 reales que se daban entonces, que eran 2000 pesetas, para hacerles la “*cuota*”. Y ser soldado de “*cuota*” significaba no ir a la guerra... y estar tres meses de período de instrucción y luego te licenciabas, y no ser de “*cuota*” significaba estar tres años. Esa era la diferencia. Esa es una de las cosas de la República que nadie dice. Lo de la implantación efectiva de la jornada legal de ocho horas. Porque cuando yo era niño, antes de proclamarse la República se trabajaba de sol a sol; te lo dice Leopoldo y no invento nada. De sol a sol.

Se produjo un cambio, pero de verdad. Realmente, casi milagroso en la opinión de las gentes, en las inquietudes de las gentes, de antes y de después, sin la República y con la República. España era una nación que estaba atontada, dormida, y la República

fue un estallido de entusiasmo, de fe, de esperanza, de que había llegado una nueva era. Por eso se sublevaron. Por eso: porque se dieron cuenta de que se les acababa el poder.

Entonces teníamos cuatro o cinco trajes (en el hospicio): el de faena, luego uno de pana para el invierno, con el que todo el mundo el mundo sabía que eras hospiciano, y luego teníamos uno gris, que era un traje de calle normal y corriente, y otro azul marino, que era el traje de gala. Tanto con el traje gris como con el azul marino, nadie sabía que eras hospiciano, porque era una vestimenta muy común entre la juventud de aquella época. Por aquel entonces, el 14 de abril del 36, yo tenía el número uno para coger la ropa en el ropero. Yo tenía el número uno porque era el número uno de panadería. En el hospicio aprendías panadería, carpintería, ferretería, zapatería, sastre, chocolatero - había una fábrica de chocolates-, cocinero... Entonces fui a la panadería. La panadería era un sitio privilegiado allí, porque tenías comunicación directa con la calle, sin tener que pasar controles del organismo. Y tenía cuatro obreros, que por cierto, tres eran socialistas y uno, era el único que había, era un reaccionario, un adulator de las monjas. Entonces, en la panadería confeccionábamos el pan para el hospicio, para el hospital y para el manicomio. Esto significa que hacíamos diez u once sacos de harina, y amasábamos mil o mil cien quilos de harina. De aquella, de premio, me metían en la cartilla sesenta y cinco céntimos por ser el primero de la panadería, y al último le metían quince céntimos.

Continuará...

...y dijo: “Chaval, ¿no quieres despedirte de un muerto!

El relato de Leopoldo García Ortega se quedó en lo que ocurrió aquel día en el que se cumplía el V aniversario de la proclamación de la II República Española. Era el 14 de abril de 1936, y él aún estaba interno en el Hospicio de Valladolid.

Por aquel entonces, aquel día era...oficialmente era el día más...festivo del país. Y cuando subí al ropero, la monja que era navarra, sor Rosario...era grandota, era como una bestia. Daba...era como una bestia. Es que...el comportamiento humano de la gente...era como una bestia. Te obligaba a comer, aunque no tuvieses ganas, aunque... “Hay que comer”, y la tía te daba golpes en la cabeza... Entonces tocó la campana, unos toques, que indicaba que se podía subir al ropero a por la ropa. Yo tenía el número 108 marcado en los calzones, en la camiseta, en los calcetines... en toda la ropa. Pero luego

tenía el número uno para ponerme a la cola. A la cola nunca, porque era el primero, y entonces... abrió sor Rosario, la navarra, el ropero, y me dio un traje caqui, de tela como la de los soldados. Esa no la conociste tú. Como la de los soldados... Le dije: *“Hermana, está usted confundida”*. *“¿Cómo que estoy confundida!”*. *“Porque me tiene que dar la ropa de gala”*. *“¿Qué fiesta es hoy?”*, dijo ella. Dije: *“¿La más grande que hay en el país!”*. Y batió la puerta, con tan mala suerte que me rozó un poco y comencé a sangrar por la nariz... Joder la que se armó, la que se armó. Tanto se armó que los doscientos chavales se sublevaron y comenzaron a sacar mesas del almacén y de la carpintería... para hacer un patíbulo para colgar al cura.

¡Fíjate tú! Y al mismo tiempo llegó toda la Diputación en pleno: el presidente, ¡un cabrón!, que era el presidente del Frente Popular, un cobarde...no le pasó nada; estuvo cuatro días en la cárcel y lo pusieron en libertad. Serafín Alvear Alcoder. Yo le llamaba “saco con lentes”, porque era un tío... Entonces dice: *“Tú, me estás soviétizando esto...Te voy a mandar a Alcalá de Henares”*. ¡Ojalá me hubiese mandado! Alcalá de Henares era la única cadena que había correccional para menores de edad. Si me hubiese mandado a Alcalá de Henares, cuando estalló el Movimiento, pues, habría caído en la otra zona, y mi vida habría sido todo lo contrario de lo que fue. Entonces armamos un revuelo...tal armamos que llamaron a las fuerzas públicas, y ese capitán de asalto, ese famoso capitán Piñeiroa se negó. Dijo: *“¿Cómo va a entrar la fuerza pública en un establecimiento benéfico de niños! Eso no puede ser”*. Y allí en el patio se formó una confabulación, allí, el presidente de la Diputación, los diputados, el director... en fin, fue la hostia.

Me llamaron, como para... como un consejo de guerra... y salí airoso. Y, recuerdo... *“¿Qué pasó aquí? Pues mire, aquí no pasó más que... yo subí al ropero a por la ropa, y la monja del ropero, encargada del ropero, me dio un traje caqui y yo le dije que me tenía que dar el traje de gala, porque hoy era la fiesta más grande a nivel de España...”*, y entonces, ¡pobrecito!... un tal Bruno Merino, que era diputado por Medina de Río Seco... *“Pues tiene razón. Pues muy bien, y qué más...”*. Y yo fui pidiendo cosas. Nos había visitado, en Valladolid, Alcalá Zamora, siendo presidente de la República, y nos había dado 2000 pesetas, porque a los niños nos habían puesto la escarapela en la americana con la bandera republicana, y a las niñas un lacito en la cabeza con la bandera republicana. Alcalá Zamora era un gran orador, como Castelar... Se emocionó y dijo: *“Los huérfanos de la provincia de Valladolid, que no tienen madre... ¡su madre será la República Española!”*. Una arenga allí... muy emotiva, y

como allí se celebraba el V Congreso Nacional de Riegos, ordenó que todos los productos comestibles que había expuestos en los puestos del Congreso se entregasen a los niños del hospicio. Entonces, yo le dije al secretario, que era don José Sánchez Guerra: “No, y también para las niñas”. “Pues muy bien, y para las niñas”. Así, los higos, las pastas, los caramelos... todas las cosas que estaban expuestas allí en el Congreso nos las dieron a nosotros. Y además, Alcalá Zamora le dijo a su secretario: “¿Tiene usted dinero?”. “Pues sí”. Sacó dos billetes de 1000 pesetas, que eran como sábanas y nos los dio. Y les dimos 1000 pesetas a las niñas, y con las otras mil compramos cinco balones, que no nos servían para nada, porque los metieron en un armario y no nos dejaban jugar, porque la Diputación era muy pobre, y si jugábamos estropeábamos los zapatos. Y el 14 de abril del 36, salieron los balones y nos los entregaron. Y me preguntaron qué más quería. Dije: “Pues, el traje azul marino, que es el traje de gala, y que nos den los balones para jugar”. Abrieron el armario donde estaban y... ¡venga al patio! Por aquel entonces, teníamos que regresar a las ocho los días de fiesta, y dije: “Pues mire, como hoy es el 14 de abril, que nos dejen hasta las ocho y media”. Y dijo él: “No, hasta las nueve”. Una hora más de... Aquel fue un día grande, fue una victoria... fue un día festivo de verdad. Y desde entonces, con muy mala uva, el director decía: “Con su permiso, me decía, se puede distribuir la comida”. Y yo, más serio que... “Pues sí señor”.

Y así, se mantuvieron las relaciones muy tirantes hasta que estalló el Movimiento. Claro, llegó el 22 de julio del 36, y fue él, el director, el que vino con los militares: aparecieron cuatro soldados, un sargento, un teniente y un comandante, y a otro compañero que se llamaba Marcelino de la Fuente Serrano, que murió el pobre hace dos años en Valladolid, y a mí, nos llevaron detenidos en mangas de camisa y con pantalón de faena y unas zapatillas sin calcetines. A él, en la acusación le constaba que había sido detenido por tener estrecha relación de amistad con el anterior. El anterior era yo, porque recuerdo de memoria lo que decía la prensa... *Norte de Castilla* y el *Diario Regional*: “Detención importante”. Yo tenía dieciséis años y Marcelino diecisiete. “Ayer fueron detenidos y puestos a disposición del auditor de guerra de la Séptima Región Militar, Leopoldo García Ortega y Marcelino de la Fuente Serrano, ambos asilados del Hospicio Provincial. Al primero se le encontraron unas cartas que lo relacionan con los extremistas más peligrosos de España y gran cantidad de material de prensa y propaganda subversiva y...pornográfica”. Eso fue lo que más me dolió, porque yo no he leído nunca nada pornográfico, a mí me gustó la pornografía de carne y

hueso, no la de literatura. Y entonces me hicieron un expediente y estuve en la cárcel dos años, dos meses y dos días. Pero en la cárcel de aquella época, que nadie puede imaginar... y te lo digo yo, que luego estuve en otras épocas, la diferencia que había... Tanta diferencia había que uno de los recuerdos que tengo, es que en una de las calderas donde llevaban el rancho, llegó un falangista y meó. Con esto ya no te voy a decir nada más.

Recuerdo, porque me pillaba de camino cuando salía del colegio al local de la CNT, que los dos primeros anarcosindicalistas que yo conocí fueron... uno asesinado durante la Guerra, y el otro, un traidor al que le pilló la mili cuando estalló el Movimiento y terminó de sargento del ejército. Los dos eran paletas, oficiales de albañilería, y los dos tenían apodo, porque en aquella época era muy difícil librarse del apodo. Al que asesinaron le llamaban "*El Bacalao*", y al otro "*El Trapito*". *El Bacalao* tenía una voz... ¡carajo! Resonante. Y fíjate, qué paradoja, era anarcosindicalista y estaba orgulloso de que le hubiesen dado una medalla en la Guerra de África. Esas contradicciones siempre se dieron en el pueblo español, pero era muy buena persona, y además... tuvo un final fatal... porque cuando fueron a meterlo en una "saca" una noche, llevaba los apellidos invertidos: en vez de Julio García Calleja, el orden era Julio Calleja García, y entonces el director de la cadena, como no había ningún Julio Calleja García no podía... Lo recordaré toda la vida, que el que al parecer mandaba... aquel piquete de asesinos dijo: "*No te preocupes, la próxima vez vendremos con la dirección correcta*". Y además fue mala suerte, porque si no hubiese pasado eso no habrían vuelto por la noche, la noche siguiente; y a la noche siguiente, en vez de llevarlo a él sólo, lo llevaron a él y a otro montón más. Esa fue la fatalidad. Lo recordaré toda la vida...yo dormía en su peña, en la *República*, que la llamábamos, y me tapé con una manta y dijo: "*Chaval, ¿no quieres despedirte de un muerto!* ¡Carajo! Yo tenía dieciséis años por aquel entonces... Dije: "*No Julio, no te va a pasar nada...*". No sé lo que le dije. El caso es que lo abracé, él me abrazó y hasta hoy. Luego tuve la suerte de coincidir en una empresa en la que estuve de gerente, donde daba la casualidad que había un hijo suyo, de obrero allí. Vamos, yo cometí una injusticia... Hice lo que pude por él, porque me recordaba a su padre, y yo a su padre lo quería. ¡*El Bacalao!* Era el que iba vendiendo gasóleo... ¡*El CNT!* Tenía un vozarrón... por las calles de Valladolid. Y por eso lo mataron, porque no había hecho otra cosa.

Entonces, en medio de todo esto que te estoy contando, estando yo ya preso, me fusilaron a un hermano de 20 años... y gracias a un gran chaval, que era de Salamanca,

y que no volví a ver nunca, me salvé, porque me quisieron tender una emboscada... A mi hermano lo fusilaron en febrero del 37, después de pasar por un consejo de guerra sumarísimo. Le hicieron un consejo de guerra sumarísimo porque estaba haciendo la mili en el cuartel del parque de artillería de la Séptima Región Militar en Valladolid, y entonces, pretendió junto a otros compañeros llevar un camión de fusiles a la cárcel, pero un delator... lo de siempre, ¿no? El objetivo era sacar a los presos y armarnos... Si eso fuese efectivo no se puede imaginar lo que habría pasado, que en la retaguardia de Franco surgiese un islote... ¿me entiendes? Porque además, con toda seguridad, la población habría respondido. La población habría respondido porque tenía que responder, porque la población estaba llena de gente a la que le habían matado sus padres, sus hermanos, sus hijos... Pero no salió, porque hubo un extremeño... -digo extremeño, pero también podría decir castellano, gallego o chino-, que lo denunció, que sino... aquello pudo cambiar el curso de la Guerra (si se hubiese logrado algo), porque piensa que en la cárcel estábamos cuatro o cinco mil personas... Que hubiese llegado allí... que hubiésemos tomado Valladolid. Vamos, es un sueño... Y a mi hermano lo fusilaron al día siguiente, junto a quince más. El día 24 de febrero de 1937, el día de San Matías, que fue cuando yo aprendí que ese día se conmemoraba al San Matías de los cojones.

Valladolid fue donde se inició el Movimiento. En Valladolid y en Pamplona. En Valladolid había dos compañías de guardias de asalto, y el Gobierno de Casares Quiroga, el Gobierno de la República, el Gobierno de Madrid, ordenó que saliese una compañía de guardias de asalto de Valladolid en dirección a Madrid, para reforzar las fuerzas de seguridad en Madrid. Y salió una compañía, cuyo capitán, fíjate qué casualidad, era gallego: capitán Piñeiroa, que luego fue piloto de aviación de la República, y murió en el exilio, creo que en México. ¡Capitán Piñeiroa! Y esa compañía marchó a Madrid en tres autocares. Y eso fue la perdición de Valladolid, porque esa compañía era de gente contrastada de izquierdas, y quedó la otra compañía, que se sublevó nada más salir la primera. Se sublevaron a las cinco de la tarde. Al sublevarse la segunda compañía de asalto, enseguida se sublevó un regimiento de caballería: el *Regimiento Farnesio*. Entonces, dentro del ejército, dentro de todas las cosas de la Humanidad... hay clases y distinciones. Dentro del ejército de tierra, los más reaccionarios, los más hijos de puta... eran los de caballería. Los oficiales de caballería eran generalmente los segundones de la nobleza. Los primeros, los primogénitos de las familias de abolengo o de nobles iban a la Marina, los segundos iban a la caballería, los

que iban a la infantería ya eran de clase media, y en artillería era al revés: la artillería siempre fue un cuerpo que se distinguió por su liberalismo. Sí, la artillería se sublevó en la dictadura de Primo de Rivera. La noche de San Juan... Lo que ocurre es que fracasó.

Decía antes que el 22 de julio del 36, es decir, a los tres días de comenzar el Movimiento, nos llevaron detenidos a Marcelino y a mí, desde el hospicio a la comisaría. Y nos dejaron en comisaría sin preguntarse nada más, porque a los otros detenidos les llevaban comida sus familiares, la cena y el desayuno, pero a nosotros... Y hubo un hecho que quiero resaltar, y es que un cabo de los guardias de asalto, que estaba de servicio en la comisaría de Valladolid, pues fue y compró medio kilo de longaniza con algo de queso y medio pan blanco en aquella época, para que comiésemos Marcelino y yo. ¡Un cabo de los guardias de asalto! Y luego, a la mañana siguiente, nos llevaron en dos camiones y... los del primer camión murieron todos, y nosotros, además, por uno de esos avatares de la vida... Apareció otro camión de militares... comenzaron a discutir, diciendo que España era grande... y los que íbamos en el segundo camión nos salvamos, y el primero quedó allí, en las tapias del cementerio, frente a la línea de ferrocarril Madrid-Irún.

Después nos llevaron a la cárcel, que además no era cárcel: eran unos locales y las cocheras de los tranvías que habían habilitado para cadena. Y tiene todos los inconvenientes, porque la cadena tiene cosas que no tiene algo que no está preparado para cadena: las duchas, los servicios de aseo... y allí, había que salir a mear y a cagar en una zanja que abrieron y a la que pusieron una tabla grande. Acababas de mear y entrabas dentro, y casi te tenías que poner otra vez a la cola porque seguramente volverías a tener ganas de mear; porque éramos varios miles los que estábamos allí...

Al principio fue muy duro, muy duro, porque entraban los falangistas o los requetés, y no entraban a hacer nada bueno; entraban a insultarte... Una vez, le cortaron a un pobrecito una oreja con unas tijeras... un falangista le cortó una oreja. Eso lo vi yo. Pero ya te digo, la cárcel para mí tuvo dos facetas: la más hermosa, al principio por la solidaridad y el compañerismo que había, y luego, a medida que fue pasando el tiempo, la cosa se fue endureciendo por todos lados: la familia ya... la comida que mandaban era distinta a la que mandaban antes, porque claro, la resistencia económica empezó a fallar... Y no había oficiales de prisión, sólo había dos, que hacían rondas... uno se llamaba Eleuterio y el otro, el otro era un cerdo. Eleuterio era una persona... bueno, no nos incordiaba. El otro como era... Julio García Pérez, que decían que era

morfínmano. Era la primera vez que oía hablar de la morfina. ¡Estaba como loco el tío! Y los guardias con unas porras de goma... Es muy triste... Es un tema muy...

Lo peor que había allí era cuando sacaban a gente por la noche para matarla, o cuando, al amanecer, a las seis de la mañana, sacaban a los que fusilaban “legalmente”... en el alto de San Isidro. Era muy triste, porque ya puedes imaginar, que estabas durmiendo con una persona, y que... Yo recuerdo a Julio García Calleja, que dijo: “*¡No quieres despedirte de un muerto!*”...Aquello... era muy terrible...

Normalmente, de los dos mil o dos mil quinientos presos que había allí, siempre había una media de unos trescientos que estaban condenados a muerte; lo que ocurre es que los iban matando, y otros se salvaban, y a otros les llegaba el indulto. En fin, era una cosa un poco... compleja por aquel entonces, pero era muy triste...Porque, claro, tú te despedías de una persona que sabías que iban a matar... no es lo mismo que cuando tú te marchas; bien, hasta mañana, Fernando... Era muy triste y muy duro. De verdad... Y además, sobre todo... los tres o cuatro primeros meses: julio, agosto, septiembre, octubre... Después los militares fueron teniendo cada vez más poder y apartando a la chusma de la Falange. Ya no podían entrar los falangistas en la cárcel. Los falangistas entraban y escogían, se llevaban con ellos a seis, a diez, a quince... Ellos sabían... ellos sabían a por quien iban, porque yo... pasé tres “ruedas”. Tres “ruedas”, que se llaman... cuando la población penal tiene que pasar por un determinado lugar, donde hay una persona en un balcón o una ventana, que está con la cara tapada, y entonces va indicando a los que hay que ir apartando de los que van pasando... Esos eran normalmente confidentes, o traidores. Eso también fue muy triste, pero muy triste... lo recuerdo ahora y hacía mucho tiempo que no recordaba las “ruedas”. Se llamaban las “ruedas”... Entonces allí...porque no mataban a ciegas... Designaban a los que ellos consideraban más radicales, más peligrosos...

Las personas que estábamos allí detenidas, pues claro, éramos gente que llamábamos de izquierdas, que pertenecían sobre todo... Había un trato distinto con los republicanos, con los socialistas, con los comunistas y los anarquistas. La gente que trataron con más dureza fueron los comunistas y los anarquistas, después a los socialistas. Los republicanos tuvieron un trato más... menos duro, sin que esto signifique una acusación a nadie, porque eran los enemigos los que elegían esa... táctica. Ya te digo... fue muy duro y muy triste.

Continuará...

“Nuestra historia fue una larga noche de piedra”

Dejamos el relato de Leopoldo García Ortega en aquellos tristes y amargos días de su estancia en las cocheras de los tranvías de Valladolid, habilitadas como presidio por las fuerzas sublevadas contra el Gobierno legal de la II República española.

Y después, a medida que el tiempo avanzó... se hizo más duro y más triste porque empezó a fallar el compañerismo. Al principio recuerdo que en todos lados había un paquete de tabaco, tu ibas y cogías, hacías un cigarro y nadie te decía nada; luego, a medida que la cosa se fue poniendo más dura y que económicamente los familiares tenían menos posibilidades económicas, enseguida surgió el egoísmo; incluso surgió el mercado negro dentro de la cárcel... Sí señor.

Pues sí, el ser humano empieza a fallar cuando se agudizan los problemas. Mientras... hay harina hay fiesta, y cuando no hay harina todo es mohína. Claro, date cuenta de que aquello duró mucho tiempo. Al principio las familias te mandaban lo mejor que tenían para que comieses... pero claro, todo se fue... No, no hubo buenos momentos. Infelizmente... ten en cuenta que nos tocó perder, y que seguimos perdiendo... Hubo una época en la que creíamos... que nuestra solución sería una guerra universal, luego vino la II Guerra... y Franco siguió, y España no se movió ni una paja. Nuestra historia fue una larga noche de piedra, como diría Celso Emilio Ferreiro. Se sufrió mucho, hombre, mucho... porque no hacíamos más que acumular derrotas, derrotas, derrotas... Y el hambre. ¡Nadie puede imaginar el hambre que pasó el pueblo español! Sobre todo las clases necesitadas. Es que antes... no se, me olvidé; te hablaba de que un obrero ganaba 9 pesetas con 36 céntimos, y cuando ganaba esto, daban en la *ración* un octavo de litro de aceite... un octavo de litro de aceite era como para encender una vela, y el aceite de estraperlo costaba 100 pesetas... Tú ten en cuenta... es una cosa muy dura... la prostitución que se creó, en fin... España... sobre todo en las ciudades, en las villas, claro, pues echaban... y siempre arañaban algo que no podía llevar la fiscalía; pero en las ciudades, que se vivía de cartilla de racionamiento, que era un bollito de pan, de 100 gramos, cuando normalmente un adulto como medio kilo al día. ¡De 100 gramos! Un octavo de litro de aceite, 100 gramos de azúcar para un mes.... Claro, a esos niveles. De aquella hubo una cosa que salvó... ¡Los boniatos! Y las almortas, las bielas, una legumbre muy mala que, además, estaba llena de gusanos, ¡aarj! Aquella fue una época... tremenda, muy dura; muy dura.

Yo lloré dos veces en mi vida. La primera fue el día que se tomó Barcelona, porque nos dimos cuenta de que ya se había acabado todo, y la segunda vez que me tocó llorar estaba yo en Melilla, fue cuando tomaron París los alemanes. También creí que había llegado... el final de todo. ¡Qué vida! Te puedo contar cuando hacíamos pintadas a favor de Inglaterra, cuando los falangistas ponían: ¡Gibraltar español!... nosotros como bobos por la noche... Pero así era la vida. Yo prefería que Gibraltar siguiese en manos de los ingleses, que no en las nuestras.

Luego me sacaron de la cárcel y me llevaron a la mili. Me llevaron al frente, al frente de Teruel. Yo tenía una tuberculosis que no podía con ella, porque había entrado en la cárcel con 16 años y con 58 kilos de peso, y había salido con 18, con una cuarta más de altura y con 51 kilos de peso. Con esto ya puedes imaginar cómo estaba yo. Pero, fíjate lo... simpático, digámoslo así, de la situación, es que esa tuberculosis fue la que me salvó, porque yo nada más llegar a Calatayud, yo sabía cómo estaba, me apunté al reconocimiento, y entonces el alférez médico que era palentino, vino, me auscultó y me mandó al hospital, y ahí terminó toda mi experiencia bélica. Y estuve en el hospital hasta el día después de terminada la guerra, cuando me expulsaron del hospital de Tudela de Navarra porque hicimos un plante; porque el Hospital de Tudela de Navarra era una iglesia que habían habilitado como hospital. En Navarra hace un frío tremendo... y cuando yo salí fue el día 30 de marzo, y en marzo todavía hace frío... y así es. Y llegué a Valladolid y tuve que marchar por la noche, porque al llegar a la casa dónde vivía mi hermana y la que había sido compañera de mi hermano, la dueña de la casa era la madre de un capitán de regulares, que tenía una hija que era una imbécil, y se cruzó conmigo en el corredor del portal a las viviendas, y me dijo con una mala uva: *¡Arriba España!*, y yo, de un modo... estúpido, le dije: *¡Arriba el campo!* Joder... Pues no veas, tuve que marchar esa misma tarde a Zaragoza, a buscar la unidad, que ya no estaba en Zaragoza; ya estaba en Valencia. Y así es, seguí en la mili, seis años obligado, seis años y unos meses. Mi quinta, la quinta del 40 fue la que más tiempo permaneció en el ejército español de todas las épocas, y nada, luego estuve dos años y medio en Melilla... Ahora, me alegro de haber conocido esa experiencia y de ver aquello. En Melilla no hacíamos más, por la mañana... nada más que la vigilancia: recoger los niños moros, llevarlos hasta un sitio que se llamaba *Estación de Desinfección Vizcaya*... A aquellos pobrecitos no les preguntaban nada, les cortaban el pelo al cero, les daban una ducha y venga, a la calle, sin preguntarles si habían desayunado, ni darles... que era la

labor que hacía España en Marruecos. Allí no había una escuela para los niños marroquíes; no había casi para los niños españoles...

Sí hombre, claro. A mí me tocó trabajar...ya estando en el hospicio de niño ya tenía que trabajar; y luego, cuando... fui a la mili, claro. En cierto modo, fíjate dónde llega mi honradez, yo reconozco que mi salvación fue que me tuvieran seis años en el ejército, porque no veas lo dura que era la vida entonces. Cuando yo vine licenciado, yo... no había trabajo, no más que para peones, y en mi casa había unas famosas sábanas, de mi finada madre, que eran de hilo, de aquellas de *Cadena*, una marca que había muy famosa; y cuando ya sabían que venía licenciado tiñeron dos sábanas para hacerme dos fundas para vestir en el trabajo, y yo iba a una obra a trabajar de peón. En fin, la vida... Me encontré a uno que había estado preso conmigo. Se llamaba Mario, que estaba empleado en el ejército, pero como empleado civil. Estaba en el Hospital Militar. Me dijo: "*hombre, qué tal...*" Bien, si vas, te voy a recomendar y vas a estar al frente de una hormigonera. Aquello ya sabes lo que era... y eso era una cuña; en vez de estar con un pico y una pala. Pero no, tuve suerte... Tuve suerte porque, en el momento más crítico, más desesperado que tuve en ese aspecto, pues, llegó un fulano a mi casa, que era un falangista rabioso de Valladolid al que llamaban *El Lechuga*... Que mi hermana le dijo: "*Canalla, a qué vienes tú a esta casa*". Y de esas cosas que pasan en la vida, le dijo: "*Mira, yo vengo a ver a tu hermano que es más persona que tú, porque tu hermano es una persona educada*". Y fíjate lo que es la vida, debido a ese tío había una plaza de empleado civil en el Ministerio del Aire, en el Ejército de Aviación, hablando en plata. Y querían colocar a dos enchufados, y a los dos no podía ser. Entonces llegó y dijo: "*Pues, esto se acabó. Se pide uno a la Oficina de Estadística y Colocación, y al que Dios se lo dio, San Pedro se lo bendiga*". Y tuve esa suerte, que me tocó a mí. Me fue a buscar *el Lechuga* y me decía... Yo no lo podía ver: había sido uno de los asesinos... Dijo: "*Bien, yo me acuerdo de ti, porque tu eres muy cuco. Eres muy buena persona, tuviste muy mala suerte porque eras un niño...*". Y así comenzó mi vida laboral. Empecé ganando 375 pesetas al mes, pero solo, ese sueldo lo cobré parte del primer mes, porque entré a trabajar el día 22 de junio, y esos ocho días me los pagaron a razón de 375 pesetas, y al mes siguiente, ya en julio, cobraba las 375 y el 30% de desplazamiento, que eran ciento sesenta y tantas. ¡Joder!

Estuve en el servicio de obras y en cierta ocasión llegó a la oficina... teníamos un campo enorme, y todas las oficinas eran de cristal, no para que viésemos mejor, sino para que nos viesan, para estar controlados, y entonces vi que llegaba el brigada

Agapito; el brigada Agapito era el chofer de un pontevedrés, del teniente coronel Riestra. Dice: *“Leopoldo, que dice el jefe que vayas”*. Y allí... *“Dígame”*. *“Mire, tenemos... ¿qué madera de pino de Soria segunda tenemos?”*. *“Pues mire, seiscientos y pico metros cúbicos”*. *“¿Y aceite de linaza?”*. *“Tanto”*. *“¿Y hierro redondo del 16?”*. Hizo las tres preguntas... *“Tanto”*. *“Muy bien, muchas gracias Leopoldo, puedes marchar”*. Y marché, y entonces otro, que era el director general... de aviación, dijo: *“pero, este se ha burlado de nosotros... qué carajo va a saber este tío la cantidad de madera, el aceite que hay...”* Y el otro, los militares tienen esa debilidad, el otro dijo: *“Este es un fenómeno, este...”* Y apostaron una cena, ¡apostaron una cena! Y entonces, como yo estaba en la oficina que era un pabellón de cristal y los vi venir y dije: *“qué jodidos estáis”*. Y llegó él allí muy serio y me dijo: *“Leopoldo, déme la ficha de madera de pino de Soria segunda”*. Yo tenía un fichero... que tenía catorce mil y pico fichas: desde abrazaderas de acero, de tres octavos hasta zocos de madera, que era la última. Se la pasa al otro. Muy bien, ahora el aceite de linaza, tal, el hierro redondo de dieciséis... Entonces salieron los dos riendo, decía: *“Joder, pero este tío es un fenómeno”*. Entonces no se decía un cerebro, porque no había cerebros electrónicos, ni ordenadores... *“¿Y qué es este hombre?”* *“Pues es oficial de segunda”*. *“¿Y cómo, cómo es oficial de segunda?”*. *“Pues sí, porque éste, fue uno de los... en aquella época, de los rojos y tiene una ficha...”* *“¡Qué cojones tiene que ver eso!”*. Le dio por ahí...

Lo que ocurrió es que cuando salí de la cárcel era panadero. Había sido panadero en el Hospicio, y además me gustaba el oficio. Pero en la cadena, tanto hablar y tanto discutir, pues me espabilé un poco y salí para la Oficina de Estadística y Colocación como auxiliar administrativo. Entonces me dieron un empleo y afortunadamente, dado a mi manera, yo... quiero que me comprendas, yo siempre fui muy responsable en mis cometidos. A mí nunca me llamaron la atención en el trabajo, la única cosa que me llamaron fue por la cosa política. Por eso cuando aquel famoso director general dijo: *“¡Joder, cómo es oficial de segunda!”*. *“Sí, porque era rojo y tal...”* *“Que cojones tiene que ver eso y tal...”*. Y aquel mismo día le puso un télex de Madrid ascendiéndome, y al día siguiente, oficial de primera, pues como Dios, y ya ves: todo por mi memoria. Jamás olvidaré la madera de pino de Soria segunda, el aceite de linaza y el hierro redondo de 16. ¿Y qué ocurría? Que hacía un momento había pasado un vale dónde había una salida de esos materiales, y lo tenía en la mente, claro. Cuando dije seiscientos y pico metros, seis mil y pico litros y tal... los otros dijeron: *“No, este tío se ríe de nosotros, como va a saber...”* *“Joder, no se ha reído; es así”*. Y fueron, y claro, yo los vi venir y dije:

“estáis bien jodidos”. La primera fichar era la de la madera, y ya la segunda me la pidió riendo y me la devolvió... Y salieron chanceándose, porque mi jefe le había ganado una cena al otro. “*Joder, mañana te pongo un télex ascendiéndolo...que tiene que ver que fuese de izquierdas; de izquierdas fue todo el mundo*”. Que le dio por ahí... como si le da por decir: “*Hay que matarlo*”...

Era el año 1944. Éramos un cuadro de personal que, no se por qué razón, nunca llegaba a 300, éramos 296, 298... Creo entender que era que había una disposición que cuando la empresa tenía más de 300 operarios ya tenía otro volumen y había una jurisprudencia distinta a las menores. Creo que era por eso. Y entonces yo estuve allí. Generalmente, los obreros que trabajábamos en Aviación casi todos habíamos sido perseguidos... o habíamos estado en la cárcel. Claro, eso no era nada extraño en aquella época, porque la mayor parte de los trabajadores sufrieron represión, pero a pesar de eso, allí en Aviación logramos constituir un Sindicato, en la clandestinidad, claro. Y logramos constituir el Sindicato de la Construcción y el Sindicato de Oficios Varios de la CNT. Yo en aquella ocasión fui el secretario de propaganda, de prensa y propaganda... del movimiento libertario de Valladolid. La propaganda, normalmente, nos venía de Cataluña o de Francia. Tenía más... valor, más categoría, la propaganda que venía de Toulouse o de Perpignan que la que venía de Barcelona, claro, porque en Toulouse o Perpignan la componían en libertad, no en la clandestinidad. Entonces, así estuvimos cotizando, de una forma orgánica totalmente normal, hasta que se produjo una represión... que me parece que fue en el año 47; pero, las fechas ya no...puedo asegurarlas. Creo que fue en el 47, cuando se creó una cosa que se llamaba “*Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas*”, que estaba compuesta por toda la oposición al Franquismo con exclusión del PCE, que no participaba, porque no lo aceptábamos ni los socialistas, ni la CNT, ni la UGT, ni los republicanos; porque no estábamos de acuerdo... Esto fue la cosa más triste de la política de España, con la política que había tenido el PCE durante la Guerra Civil. Y luego con la política que tenía en la clandestinidad. Entonces, las relaciones nunca fueron... gloriosas entre los comunistas y el resto de los grupos. Pero bien, constituimos esos Sindicatos, incluso constituimos la Federación Local de Sindicatos. Y entonces hubo un período de bastante actividad, hasta que en el año 47, creo que fue en el 47... hubo... una confidencia a la policía o detuvieron a alguien que... parece que “largó”, que delató, y hubo una represión muy fuerte. Yo me salvé de puro milagro. Vamos, no de puro milagro, hay que hablar con claridad: me salvé porque no me acusó nadie. Los ocho o diez detenidos que hubo en Valladolid,

pues... en fin... Yo entonces estaba bastante enfermo del pulmón y... “*Carajo, es que si Leopoldo tal... lo matamos*”. Así que tuve la suerte de no ser detenido. Y esto produjo una parálisis en la vida sindical de varios años, porque esas represiones producían un efecto negativo muy profundo, porque, aún era muy constante el miedo que había a la represión que habíamos pasado, entonces, volver a caer era muy jodido, porque además la policía no te trataba con caramelos. Era...era bastante... La policía española fue muy cruel, e muy torpe al mismo tiempo; pero sobre todo fue muy cruel. Luego, claro, cuando había una recaída, se tardaba mucho en volver a recuperar la normalidad, porque la gente no quería... tenía miedo, porque había estado dos meses detenido, lo habían echado del trabajo...su familia lo había pasado mal; en fin, todo era en contra de una actividad sindical.

Pedí la baja en Aviación y me vine a Vigo, y en Vigo, de la forma más tonta... a los dos días de llegar a Vigo contacté con los de la CNT de Vigo de aquella época, en la clandestinidad; ¿qué te parece? Yo había venido... habíamos establecido una fábrica de viguetas, que se llamaba *Viguetas Orte*. Era el año 55... En el 55 vine yo a Vigo, el 10 de enero del 55, que era domingo. En mi puta vida había visto llover como llovía aquel día aquí. Jugaba el Athletic de Bilbao en Balaídos, porque me acuerdo que me quisieron llevar unos conocidos que tenía, y les dije: ¡pero estáis locos! Yo no... “*Pero si es el Celta*”. Como si es el Divino...Si, sí, sí... Es el recuerdo que tengo de mi llegada a Vigo, y luego, al día siguiente, lunes, porque yo salí de Valladolid un sábado por la noche y llegué a Vigo un domingo por la mañana; luego, el lunes, lo primero que hice fue ir a una tienda de zapatos a comprar botas. ¡Joder! Aquí llovía.... Además aquel año 55 fue un año muy lluvioso, tan lluvioso... que mi mujer y los niños vinieron a finales de febrero, y durante todo el mes de enero y casi todo febrero sólo hubo un día en el que no llovió. ¡Zas! ¡Zas!... Todo... de forma constante. Como diría Cela: “*Llovía con ganas*”.

Vine a Vigo, porque entrando en Aviación, hice muy buena amistad con un oficial, ingeniero aeronáutico... que no estaba bautizado. Esto ya es un detalle, y que un tío suyo había estado condenado a pena de muerte cuando la huelga del 17. Bien, entonces ese hombre tenía unas inquietudes bastante buenas: no le gustaba el ejército, a pesar de que estaba como Dios porque era oficial, y además con el título de ingeniero aeronáutico vivía... Entonces, él patentó unas viguetas de hormigón pretensado... y montó una fábrica en Valladolid que todavía existe. Y allí estuve yo... Yo trabajaba en Aviación y luego, tenía pluriempleo porque en aquella época no se vivía con el sueldo.

Así, estábamos deseando darme una salida para salir de Aviación, y es cuando acordamos, por una serie de circunstancias, montar en Vigo una fabrica; una serie de circunstancias de que habían estado varios soldados de Vigo en Aviación, allí en Valladolid, y había hecho relación con ellos y... cuando se licenciaron nos escribimos, y eso nos indujo a ir a Vigo en vez de ir a Valencia, como era nuestra intención. Continuará....

“Fue una época bonita, repleta de ilusiones”

Habíamos dejado el relato de *Leopoldo García Ortega* en esos días en los que había llegado a Vigo en compañía de su familia. Años duros... entre esperanzas y algunas amarguras. Leopoldo vivió mucho, y aunque finalicemos con este capítulo su historia, el camino no termina aquí: aún tiene la vida... y la memoria.

Posteriormente, entré en una empresa diferente, que estaba en Ponteareas, pero que también procedía de Valladolid. La Dirección y la central estaban en Valladolid, y aquí ya fui jefe de ventas. Y ahí tuve mucha suerte... ahí tuve que hacerme católico y dar gracias a Dios, porque todo el polígono de Caranza de Ferrol... tuve la suerte de coger...y allí hicimos... pues sesenta y tantos mil metros cuadrados de forjados. Eran viviendas sociales, eran grupos de viviendas que hacía el Ministerio de la Vivienda por aquella época. Pero también producíamos para el privado, para empresas privadas, particulares. Este contrato lo conseguí en Ferrol, de forma milagrosa, pero lo conseguí. Esas cosas que tiene la vida, que a veces un triunfo te cuesta una nimiedad. Yo estaba hospedado en el Hotel Almirante de Ferrol, y daba la casualidad de que allí también se hospedaba el director de una empresa constructora que se llamaba Construcciones Asturias; era de Oviedo. Hay cosas en la vida que no tienen explicación. Los dos bajábamos a desayunar a la cafetería del hotel: el asturiano y yo, y entonces, con una máquina de escribir portátil hacíamos los contratos, y así... así de simple. Si me encomendasen conseguir este contrato seguramente no lo habría conseguido. La vida es así. Y aquello nos sirvió de mucho, porque nos garantizó una carga de trabajo para casi tres años, y claro, tres años en la vida comercial tienen importancia. Entonces claro, ya se difundió el asunto de las viguetas, se fueron venciendo los temores de la gente. Y así estuvimos.

Y así fuimos pasando hasta el año 62, en el que el panorama ya se hizo más esperanzador, porque en el 62 hubo movimiento huelguista en Madrid, en Andalucía, y

sobre todo en el País Vasco y Asturias. Y esto volvió a calentar a la gente y a entusiasmanos. Y aquella huelga del 62 tuvo bastante trascendencia y mucha resonancia en el extranjero. En aquella huelga yo detuve dos tranvías... el cinco y el siete, en el alto do Seixo (Vigo). Y Vigo fue una de las ciudades dónde más éxito tuvo, después de Madrid, Bilbao, Barcelona... Vigo fue puntera en los acontecimientos. Fue una huelga general de todos los sectores, pero claro, como huelga general duro dos, tres horas... porque hay que situarse en aquella época y en aquella situación. Las fuerzas represivas nos tenían... salían... ¡joder!... como perros de presa: mordiendo. Entonces lograr que los tranvías de Vigo parasen tres horas, joder... fue un éxito.

Luego... monté un colegio de segunda enseñanza: el Curros Enríquez, aquí en Candeán (Vigo). Yo fui el fundador y el dueño de ese colegio. ¡Perdí una cantidad de dinero! De la noche a la mañana la Caja de Ahorros me dio tres millones de pesetas... ¡de los de aquella época!, y convertí la fábrica el Colegio, que aún existe, ahora se llama Alborada. Entonces llegué a Candeán... Claro, si es que la vida es... En ese colegio estuvieron refugiados Granados y Delgado, que fueron condenados y ejecutados a garrote vil. En ese colegio... pues fue un colegio en el que al principio recogimos... lo peor de los... a todos los fracasados de los colegios, era el peor alumnado. Pero, tuvimos la suerte, porque yo tuve un director, el director del colegio era un cura que se había secularizado, un galleguista acérrimo. Había estado en Bolivia... Se llamaba Antonio García Camaño, y... allí estuvo Xesús Ferro Ruibal. Este fue otro de los profesores que tuve allí, porque contraté a 14 o 16... licenciados de Santiago de un curso. Y allí, joder, como si fuese a comprar ganado, y los traje a todos claro. Yo les decía que era un colegio para hijos de obreros y que había que... vivir en plan de... muy austero. Y entonces sí, pero a los tres meses comenzaron a pedir un aumento de sueldo, ¡la hostia!... Y llegamos a una situación en la que todos cobraban menos yo. Entonces tuve que volver a la venta de viguetas. Y gané tanto dinero, Fernando... que hubo meses en aquella época en los que gané más de 150.000 pesetas de comisión, que sirvieron para sostener el Colegio, y para pagar al cabrón del crédito de la Caja de Ahorros de Vigo, que eso de que no hay interés más desinteresado no lo creas, a mí me costó pagar aquel crédito al 17% de interés, era el interés legal establecido. Pero eso ya pasó. Entonces en el Colegio se montó una buena.... Porque fueron todos los rebotados de los otros colegios, y se hizo una buena labor, y el Colegio tuvo prestigio. Además tuve un amigo... Pepín Vidal-Beneyto, que era muy amigo, y había sido compañero de Villar Palasí, que fue Ministro de Educación, del Opus. Porque tanto Pepín como Villar Palasí,

fueron los dos primeros discípulos que había tenido Escrivá de Balaguer; pero Pepín se casó luego con una francesa y se retiró del Opus, pero mantuvo una gran amistad con Villar Palasí. Y yo, a través de una persona que desgraciadamente ya falleció, tuve una amistad con Pepín. Gracias a él logré que al Colegio le fuese reconocido el derecho a examinar, hasta el grado superior de Bachillerato. Y fue el primer colegio de España, el primer colegio mixto de España durante el franquismo: de niños y niñas... mixto; ese fue el Curros Enríquez.

Sí hombre, además se hizo una gran labor. Hicimos un periódico, una revista. Hicimos un Consejo, del que formaban parte los profesores y los alumnos y padres de alumnos. En aquella época fue... la vanguardia. Ya te digo, hubo una relación muy cordial. Fue una época muy bonita, muy llena de ilusiones. Luego no. Luego se estropeó... después de marcharme.

No, quitando los primeros dos años y pico... luego estuve simplemente detenido, detenido porque venía Franco y... me detenían. Era ya una cosa... No volví a verlo, había un policía que se llamaba Higinio, que fue una persona que vino tres veces a detenerme, y a la que mi mujer le pegó con un Biblia en la cabeza cuando dijo que... Claro... *“qué hace mi hombre para que tengan...”*. *“Pues si no tuviese esos libros...”*. Entonces mi mujer sacó la Biblia... Y esa persona se portó muy bien, porque, ¡cuidado!, hay que valorarla con justicia: esa persona se portó muy bien conmigo, desde la primera detención, tan bien se portó, fijate lo que te digo, que es un caso muy especial, porque cuando terminó el primer interrogatorio, me dejaron sólo en un cuarto, y en esto pasó él y me dijo: *“Leopoldo, esto se pone muy mal, ahí tiene usted un teléfono... llame usted a su familia para que se mueva”*. Date cuenta de lo que te digo. Entonces, la reacción que tuve fue de lo más estúpida, porque creía que era una trampa que él me tendía. Y le dije: *“Usted se cree que soy imbécil, y yo tengo mis debilidades, pero imbécil no soy”*. *“Hágame caso”*. Y le hice caso, y eso hice: marqué el número, se puso mi mujer y le dije: *“Ponte en contacto con Madrid”*. Ya era suficiente, porque en Madrid teníamos... en fin, son cosas que parecen muy extrañas, pero así es la vida. Mi mujer tenía una tía que era viuda de un comandante de la guardia civil que murió en el Alcázar de Toledo... Y así es la vida... y no la puedes cambiar. Gracias a ella me salvé... porque la tía de mi mujer, la tía Sofía, en determinada ocasión dijo que parecía mentira, que mi suegra consintiera a su hija casarse con un *rojo*... Y, *“me cago en la madre que la parió”*. Cogí el tren, el tranvía de las cuatro de la tarde y llegué a Madrid por la noche, y por la mañana... ella vivía en la Avenida Reina Victoria 19-21, 3º. Y allí llegué yo, toqué el

timbre y... me abrió Berta, y yo creí que Berta era la criada, y resulta que era una hija, porque era una mujer muy recta y muy dura y allí no tenía criados. En eso era como tenía que ser... Llegué y dije: doña Sofía Campos, doña Sofía Viuda de Campos... “Pues sí, ¿a quién anuncio?”. “Pues mire, yo soy...estaba un poco nervioso... soy el esposo de una sobrina de ella que se llama Visitación”. ¡Ah! Comenzó a besarme, a abrazarme... Esa mujer me quiso mucho luego, y dijo: “¡Qué suerte ha tenido mi suegra!”. Fíjate lo que cambia... con haberme conocido. Así es la vida, ¿no? Tiene esas cosas... Y a mí me salvó la tía Sofía.

Me casé el 24 de noviembre de 1944, y justo al año de casarnos, a los doce meses, tuvimos nuestra primera hija, esa que tengo en Barcelona... que es un encanto de ser humano. Mi mujer era asturiana, de Luarca, y yo estaba allí destinado en la mili. Estuve seis años y piuco en la mili, y allí fue donde la conocí, y era la hija de un guardia civil, de don Emilio. Mi suegro era un buen hombre: era guardia civil con bachillerato superior, y además tenía el título de *don* porque, además de bachiller era hijo de oficial, era hijo de jefe. El abuelo de mi mujer murió de comandante de la guardia civil, y como comandante del ejército siendo jefe de la caja de recluta de Monforte de Lemos, que tienen allí un panteón. Y entonces, yo tenía novia en Valladolid, pero en fin, esas cosas...lo que es la vida, ¿no? Me agradó, nos hicimos novios y fuimos novios dos años, y a los dos años, en cuanto me licenciaron, me casé porque necesitaba formar una familia porque estaba solo... y me casé. Y fui, como vulgarmente se dice, muy feliz. Nos compenetramos muy bien, y nos queríamos mucho: tuvimos cinco hijos. A mi mujer no le gustaban los niños, en cambio yo era muy niñoero, lo sigo siendo, muy cariñoso. Y esa es toda una vida.

Y, en cierto sentido, soy muy optimista. Yo creo que la III República se implantará pronto en España. Hablo con algún conocimiento de causa, porque tengo mis relaciones... y mi militancia, ¿no? Y creo que, en el momento en que se produzca ese cambio, volverá a ocurrir lo que pasó en el año 31. No puedes imaginar que cambio se operó en la actitud y en el humor de las gentes... El 14 de abril de 1931. Las elecciones habían sido el 12 de abril... que era domingo... y yo vi salir a la reina con los príncipes en un coche... en el tren real, porque el rey fue en un coche hasta Cartagena, y allí embarcó en el Alfonso XIII, el acorazado, pero la reina y los hijos salieron en tren de Madrid a Hendaya. Recuerdo cuando quitaron el cuadro del rey del aula de la escuela, cuando cambiaron la bandera... Nosotros teníamos una bandera preciosa, regalada por la reina... ella era la madrina del colegio al que fui de pequeño. Sí señor... Fue una cosa

muy distinta claro... Por eso se produjo la sublevación, porque la reacción se dio cuenta de que perdía terreno, y la Iglesia a pasos agigantados, porque de estar las iglesias llenas, a tope, en la República se fue rebajando la asistencia. La Iglesia tuvo mucha culpa... Para mí es la mayor responsable, de la mala situación, y sobre todo, de la tremenda crueldad de la Guerra Civil.

Yo... ya tengo muchos años: ochenta y siete años, y además, los años que me tocó vivir. Pero estoy muy contento, muy orgulloso de mi vida. Y me gustaría seguir en la brecha hasta el último momento. Y ya te digo, el día 7 (de marzo de 2006) voy a hacer una labor en un instituto, y el día 10 (de marzo de 2006), en otro, y no veas la alegría que me da ver como reaccionan los chavales... Una niña me preguntó: ¿y cómo Leopoldo, podrá llegar la República? Y digo: la República no llega, tenemos que ir a buscarla; tú y todos los que estamos aquí. Y entonces aplaudieron a rabiar. Es una gente maravillosa, la gente joven es maravillosa.

**Entrevista Revista O Olo Pueblo.
Traducción Silvia. Coro Libertario de Vigo**